

# UN CRONISTA MURCIANO DEL SIGLO XI: EL AUTOR DE LA CRONICA SEUDO ISIDORIANA

POR

LOPE PASCUAL MARTINEZ

Querer desvelar los misterios de la Historia no es tarea fácil, pero debemos pretenderlo buscando, rastreando huellas que nos aclaren algo, que aminoren nuestra ignorancia, que nos faciliten el camino para llegar al encuentro deseado. Si el objeto de nuestra investigación es hallar datos que nos permitan conocer la persona que escribió una determinada obra de la que carecemos de toda noticia, tendremos que recurrir al análisis de sus escritos para obtener algún elemento que nos acerque primero al escritor y después al hombre, cuya condición humana: lugar de nacimiento, familia, estamento social etc., desconocemos. Es esto lo que pretendemos investigar acerca del anónimo autor de la *Chronica Gothorum*, a la que Mommsen llama *Seudo Isidoriana* por haber sido falsamente atribuida a San Isidro. Deseamos descubrir algún vestigio que nos hable de este cronista, que al parecer era de origen murciano, aunque residente en Toledo, y mozárabe.

Por supuesto que careciendo de documentos, que nos diesen alguna pista, nuestra indagación habrá de basarse sólo en hipótesis, deducidas siempre de los elementos internos de la narración histórica que tratamos. Serán muy importantes las referencias geográficas, pues Geografía e Historia se hermanan en el conocimiento del pasado, pero el horizonte seguirá estando limitado a lo que ahora poseemos. En una época en que era normal la convivencia entre personas de distinta religión, raza y procedencia, cuando, pasada la gloria del Califato de Córdoba, los cristianos sometidos comienzan a gozar de una mayor libertad, nos interesa la personalidad de este escritor, su cultura y las fuentes que inspiraron su obra.



Desde ahora afirmamos con Sánchez Albornoz (1) que el desconocido personaje que escribió la Seudo Isidoriana era mozárabe, residía en Toledo y procedía de Murcia. Su anonimato nos recuerda el de aquellos artífices del primer románico, coetáneo suyo, que solían dejar sus trabajos sin firmar para que la pieza artística salida de sus manos, eliminado todo subjetivismo y desprendida de la emoción singular de su maestro, no perdiera vigencia universal y trascendente, sino que guardara siempre la serenidad total, cual esos expresivos Cristos que llenan los ábsides de las Iglesias del siglo XI, bajo los que una firma hubiera quedado mezquina y fea.

## L A C R O N I C A

De ella sólo se conserva una copia del siglo XIII, hoy en la Biblioteca Nacional de París (2), hecha, según Mommsen (3), por un tal Girardo. Para el gran historiador alemán, el cronista se inspiró en la *Historia romana* de Landolfo, que en el año mil completó la *Historia romana* de Eutropio, continuada por Pablo el Diácono; pero las influencias más directas le vienen de S. Isidoro, Orosio, Juliano Honorio, San Jerónimo, Eutropio y Juan de Biclara (4). Sánchez Albornoz (5) ha demostrado que también conoció la "*Historia de los godos*" del moro Rasis, con la que tiene muchas coincidencias.

La *Crónica Seudo Isidoriana* constituye una síntesis de Historia de España, desde los tiempos de Noé hasta la invasión árabe; lleva al principio una descripción geográfica de la Península (6). Comienza narrando las generaciones de los hijos de Noé (7) y termina con el pacto entre Tarec y Totmir (8). Habla el narrador de los primeros pobladores de España (9); de la romanización de la Península (10); de su cristianización y división

(1) Cfr. Sánchez Albornoz, Claudio «San Isidoro, Rasis y la Seudo Isidoriana» en C. H. E. IV, pp. 73-113. Buenos Aires 1946.

(2) Cfr. Códice Parisino 113, folios 27-49.

(3) Cfr. Mommsen, «Monumenta Germaniae Histórica, Auctores Antiquissimi XI, Chronica Minora II», págs. 377-388.

(4) Cfr. Mommsen, ob. cit.

(5) Cfr. Sánchez Albornoz, Claudio, ob. cit.

(6) En nuestras citas de la *Crónica* seguimos la edición de Benito Vidal, Antonio, en «Colección de Textos Medievales» n.º 5, Valencia. 1951.

(7) Cfr. *Crónica*, pp. 13-14.

(8) Cfr. *Crónica*, pp. 52-53.

(9) Cfr. *Crónica*, pp. 14.

(10) Cfr. *Crónica*, pp. 19 y sgt.



en seis sedes metropolitanas (11), según la famosa división constantiniana; del reinado de los visigodos (12), objeto central de la narración; de la invasión árabe (13), y del pacto de Teodomiro (14), que cierra su *Historia de los Godos*.

La pretensión del mozárabe que compuso la *Seudo Isidoriana* parece bastante clara: ilustrar a los hispanos, tanto a los islamizados como a los cristianos fieles, que luchaban contra el invasor árabe, para una restauración nacional, refiriéndoles la verdadera Historia de España; por ello destaca, cada vez que la ocasión lo permite, la nobleza de la ciudad de Toledo, la capital de los visigodos, la gran Urbs, como todavía la seguían llamando los latinizados, o la Medinat-al-muluk, la ciudad de los reyes, como la designaban los más arabizados.

## C R O N O L O G I A

No existe acuerdo sobre la fecha en que la Crónica fue escrita. Nuestra opinión, como más adelante explicaremos, es que deben fijarse los años finales del siglo XI para su datación.

No es extraño lo que afirmamos, dentro del ambiente de la época. Durante el período de los reinos de Taifás es importante el desarrollo literario que se llegó a alcanzar en ellos, a la par que florecían el lujo y la riqueza. Todos, aún los de segundo orden, competían por emular el esplendor de la época califal, tanto en bienestar material, cuanto en la cultura, de donde al alto nivel de la vida que alcanzaron sus ciudades. Tomando como ejemplo la ciudad de Almería, que en un principio fue la capital del reino de Tudmir, y que no era ni de las más grandes ni de las más ricas, llegó a poseer una industria considerable, con más de cinco mil telares en los que se tejían brocados, escarlatas y toda la gama de tejidos orientales, mientras otros talleres trabajaban el hierro, el cobre, el cristal, etc. Su comercio alcanzó un movimiento de mercancías de bastante envergadura; el número de hospederías y baños públicos superaba el millar y en sus muelles se podían ver naves de Persia y Egipto junto a las de Génova y Pisa. Lógicamente, esta pujante economía era paralela a un elevado ambiente cultural, índice de lo cual eran sus numerosas bibliotecas, alguna tan rica como la del visir del segundo rey eslavo de Almería, que

(11) Cfr. Crónica, pp. 27-28.

(12) Cfr. Crónica, pp. 29 y sgts.

(13) Cfr. Crónica, pp. 51 y sgts.

(14) Cfr. Crónica, pp. 52-53.



sumó cuatrocientos mil volúmenes y a cuya corte afluían en cantidad artistas y literatos, siempre bien recibidos y muy bien recompensados. Pero, como suele ocurrir en tales circunstancias, todo este florecer económico y cultural iba acompañado de un claro debilitamiento del espíritu religioso y militar y de una profunda decadencia política.

En el marco de esta cultura hispano-árabe destacan las ciencias históricas en la España musulmana, en contraste con lo que por esas mismas fechas producía la parte cristiana del Norte, donde sólo cabe notar la llamada *Crónica de Sampiro*. El cultivo de la Historia superó incluso la era del Califato cordobés.

Tres historiadores merecen ser señalados por sus obras, que marcan un hito de gran luminosidad en la historiografía hispano-musulmana: Ibn Zaidum, Ibn Hay-Yan e Ibn Hazan, cuyos estudios históricos, junto a los de otros escritores de la época, sirvieron luego de guía a los cronistas de la cristiandad occidental. Alfonso X el Sabio se sirvió para su *Grande e General Historia* de los trabajos del onubense Abu Obaid el Becrí, de la primera mitad del siglo XI, y del murciano Ibn Sida, que por esos mismos años publicaba los diecisiete volúmenes de su *Diccionario* en el que agrupa las voces árabes por sus afinidades ideológicas, ilustrándolas con pasajes de autores clásicos. No quedaron los mozárabes a la zaga de esta cultura de la España musulmana, sino que intentaron emular, aunque no con tanto éxito, las glorias científicas y literarias de sus conciudadanos árabes.

Cuando acaece la desintegración del califato, un elevado número de mozárabes, de Levante y Andalucía, emigran a Toledo. La antigua capital visigoda siempre acogió bien a los elementos disidentes o enemistados con la administración islámica. No consta que los cristianos sometidos tomasen parte alguna en la revolución que ocasionó el hundimiento califal, pues, perdida la unidad nacional, se habían asimilado social y políticamente al estado musulmán, lo cual no quiere decir que la convulsión que sacudió a Al-Andalus no afectara la condición general de la minoría mozárabe. Estos debieron celebrar la caída de un poder, cuya destrucción abría una era de esperanza para su patria. Fue para ellos un tiempo de ansiedad, que unía la destrucción del califato con los avances de los cristianos hacia el sur, más abajo de los límites del Duero, buscando los pasos del Guadarrama.

El fin de la España califal produjo en los reinos cristianos el fenómeno opuesto al de Al-Andalus, pues nace en ellos un nuevo sentido del problema español, y de ser órganos pasivos frente a la política sagaz y agresiva de los califas pasan a la acción activa de imponer su política de desquite y su avance reconquistador. La unidad de España que en el siglo IX intuyera el autor de la *Crónica Albeldense* se convierte en orientación na-



cional de los reinos cristianos. La voz *Spania* recobra ahora su sentido y ya no expresa la extensión peninsular gobernada por los musulmanes, sino la vieja Hispania cantada por San Isidoro, quedando para Al-Andalus el sentido de la España irredenta.

Durante los reinos de taifas la España cristiana vive años de relativa paz y desahogo económico merced a los tributos, las parias, que aquellos les pagaban. Estos impuestos permitieron una auténtica organización del sistema económico, hasta el punto que Fernando I hace a su muerte un verdadero reparto entre sus hijos de la España musulmana en zonas de recaudación para que cada uno de ellos pueda subvenir a los gastos de su reino o territorio. El sistema se perfecciona con Alfonso VI, que se sirve de él para acentuar la debilidad política de los reinos musulmanes, llegando a conquistar Toledo, hecho de tan profunda transcendencia que con él, dice Isidoro de las Cagigas (15) "se cierra la primera mitad de la expansión musulmana en la Península y se abre la segunda, marcada por el signo de la decadencia.

La nueva situación fue favorable a los hispano-mozárabes, que conservaron en cada uno de los pequeños señoríos sus antiguos derechos y franquezas. Durante los ochenta años que duran estos primeros taifas, la suerte de los mozárabes mejoró considerablemente; muchas de sus antiguas poblaciones fueron restauradas y entraron a robustecer e ilustrar con su fuerza numérica y con sus letras a la España cristiana, que hasta entonces apenas había hecho otra cosa que combatir.

Fue importante la minoría mozárabe en el oriente peninsular, donde siguieron existiendo algunas sedes episcopales, por ej. Denia y Orihuela, más tarde anexionadas a Barcelona (16), en las que, dice el P. Florez (17) "los clérigos podían ejercer libremente sus cargos eclesiásticos".

Consecuencia de estas relaciones pacíficas fue una más acentuada intervención de los cristianos en Al-Andalus, que permitió, entre otras cosas, el traslado a las zonas del norte peninsular de abundantes reliquias de Santos, pues el momento se consideraba oportuno para recuperar y devolver las reliquias a su lugar de origen. Estos traslados impresionaban hondamente al pueblo mozárabe, tantas veces atribulado, y demuestran cómo la parte musulmana de la península seguía suministrando a la España cristiana, o mejor a la Europa cristiana, puesto que muchas veces se llegaba más allá de las fronteras peninsulares, elementos de religiosidad y

(15) Cfr. Cagigas, Isidoro de las: «Los mozárabes», tomo II, pág. 447. Madrid, 1498.

(16) Cfr. Bofarull y Mascaró, Antonio: «Los Condes de Barcelona vindicados», tomo II, pp. 80-86. Barcelona, 1936.

(17) Cfr. Florez, P. Enrique «España Sagrada», tomo VII, pp. 213-215.



de fe, a la vez que de saber y de cultura. Recordemos, entre otras, la traslación de las reliquias de San Isidoro desde Sevilla a León y la resonancia que este acontecimiento tuvo en toda la cristiandad; las de San Indalecio desde Urce al monasterio de San Juan de la Peña, en cuyo acontecimiento fue decisiva la actuación de un mozárabe murciano llamado don García, hombre preminente en la región por el alto cargo militar que ocupaba, y que pone de relieve la influencia regional de la mozarabía murciana (18). Mencionamos, finalmente, el traslado del cuerpo de San Ginés de la Jara (19) a Arlés, retornando a Francia desde la Jara de Cartagena, a donde en el siglo IV le habían traído cristianos piadosos en busca de un lugar para conservar tan precioso recuerdo.

En la historia de los mozárabes españoles se señala el siglo XI por sus estudios históricos, aparte los literarios y eclesiásticos, que hacen honor a la cultura de aquellos cristianos sometidos, cuyo saber brillaba de manera que alumbraba a los cristianos independientes del Norte. Examinada atentamente la aportación mozárabe a las letras hispanas, comprobamos que no fue pequeña la parte que les cupo en la resurrección y renacimiento cultural de la España cristiana y en toda la civilización posterior española, en cuyo progreso se hace necesario incluir el elemento mozárabe junto a las aportaciones arábiga y galicana. La invasión almorávide cortaría todo este desarrollo civilizador hispano-mozárabe y los cristianos sometidos del Sur serían llevados en masa por los reyes cristianos del Norte peninsular, que en sus expediciones a Andalucía y Levante rescataron numerosos contingentes de mozárabes, con los que repoblar los territorios que iban reconquistando (20).

En el reino de Murcia tuvo mucho arraigo la tradición mozárabe. Ya hemos mencionado a un influyente mozárabe murciano, don García, y su intervención en la traslación de las reliquias de San Indalecio. La capitulación pactada entre Teodomiro y Abdelazid permaneció en vigor hasta que en 779 Abderramán I la violó persiguiendo al sucesor de Teodomiro y asolando su territorio. En los tiempos de mayor esplendor del califato de Córdoba los mozárabes de Murcia, como los del resto de España, pasaron por un período de postergación, a pesar del cual siguen subsistiendo las sedes episcopales de Elici y de Cartagena. Un caudillo mozárabe: Daisan, intentó restaurar con Lorca, Orihuela y Murcia el antiguo reino de Tudmir,

(18) Cfr. Bohajar Agulló, José María. «Murcia en la traslación de San Indalecio» en *Separata de Rev. Murgetana*. Murcia. 1970.

(19) Cfr. Torres Fontes, Juan: *El monasterio de San Ginés de la Jara en la Edad Media*. En «*Murgetana*», núm. XXV, pp. 39-90 Murcia 1965.

(20) Cr. Torres Fontes, Juan: «El obispado de Cartagena en el siglo XIII». En *Rev. Hispania*, números LII-LIII. Madrid. 1963. *Separata*, p. 12.



pero sólo logró organizar un ejército con el que mantener por algún tiempo su independencia. Daisan fue no solo un caudillo militar sino un verdadero mecenas "muy dado a la poesía y su corte fue frecuentada por poetas y literatos, a quien siempre trató liberalmente" (21). Después de Daisan los murcianos siguieron luchando por mantener su independencia hasta que Aderramán III en 916 se apoderó de Orihuela donde los mozárabes se habían hecho fuertes. El resto del siglo X el mozarabismo vivió en precario, si bien conservando su culto y sus costumbres, como lo prueba el hecho de seguir existiendo la diócesis de Cartagena, regida entonces por un sabio prelado llamado Juan, 980 (22). Los mozárabes murcianos, al igual que toda la mozarabía hispánica, mejoran de condición en el siglo XI, aspirando a rehacer otra vez su autonomía.

No estuvieron los cristianos del reino de Daisan marginados del ambiente culto de sus conciudadanos árabes, por eso no es extraño surja de entre ellos un historiador como el autor de la *Historia Gothorum* o *Crónica Seudo Isidoriana*. Por estos años el nombre de Murcia lo hacía famoso el saber de hombres eminentes: el filólogo Ibn Sida, el historiador Hixen Ibn Ahmad, el jurista Abuomar Yusuf, el teólogo Abuabdala, y tantos otros que sobresalieron en diversos caminos de la cultura. Recordamos, a este propósito, lo que con respecto a Murcia se dice en el libro, *De Preconiis Hispaniae* (23), dedicado por Gil de Zamora (24) al infante don Sancho IV de Castilla antes de 1284, fecha en que sucedió en el trono a su padre Alfonso X el Sabio "In arte mágica et scientia Astrologie philosophis hispanis peritores paucissimi extiterunt, sicut declarant libri et tabulae toletanae ubi fere omnes libri philosophici sunt translati de árabe in latinum. Johannes igitur hispalensis et alii quam plures Hispalim et Murcie in astrologie peritissime extiterunt"; en él resalta la fama de los sabios de Murcia en astrología y en otras ramas del saber.

Terminamos este resumen de la época en que se escribió la crónica exponiendo las tres más importantes teorías que se han dado sobre la fecha de su redacción, después de las cuales manifestamos nuestra opinión

Ramón Menéndez Pidal (25) señala el siglo X como tiempo de datación de la *Seudo Isidoriana*. Se apoya en que es difícil se produjera en el siglo XI una obra histórica de tanta extensión y tan abundante amplitud

(21) Cfr. Simonet, Francisco Javier: «Historia de los Mozárabes», p. 529 Madrid. 1893.

(22) Cfr. Simonet. Ob. cit., p. 827.

(23) Cfr. Sánchez Albornoz, Claudio «Observaciones a unas páginas de Le-may». En C. H. E. XLI-XLII, p. 324.

(24) Cfr. Ed. Manuel de Castro. O. F. M. Madrid. 1955, p. 179.

(25) Cfr. Menéndez Pidal, Ramón: «Sobre la Crónica Seudo Isidoriana». En C. H. E. XXI-XXII, pp. 5-15. Buenos Aires, 1954.



informativa, dado el abatimiento en que habían vivido los mozárabes durante la época del califato cordobés. Retrasarla después de la conquista de Toledo no parece fácil, pues es extraño se escribiera en la Toledo reconquistada una historia tan arabizada y tan lejos de la cultura cristiana. Según el ilustre filólogo la expresión "marroquinas partes" que aparece en la crónica se explica porque primero fue escrita en árabe y posteriormente se vertió al latín.

Otra segunda es la de David Della Vida (26), judío y profesor de la Universidad de Roma. Este la retrasa al siglo XII, y la razón que aporta es precisamente la expresión "marroquinas partes", que el cronista utiliza para designar lo que San Isidoro llama el Africa del Estrecho gaditano, pues la ciudad de Marraquex, de donde viene el nombre a Marruecos, fue fundada en 1055 y hay que pensar que debieron pasar algunos años hasta que la comarca empezara a designarse con el nombre de la ciudad.

La tercera opinión es la de Sánchez Albornoz (27). El insigne historiador se inclina por el siglo XI cuando dice: "a fines del siglo XI un clérigo mozárabe de Toledo, de origen murciano, escribió la *Historia Seudo Isidoriana* etc." Supone que fue escrita antes de la conquista de Toledo por Alfonso VI pues, sigue diciendo, "no es imposible que un cristiano español, doblegado por el yugo sarraceno, sintiese la tentación de escribir una historia general del pasado de su patria hispana, anterior a la conquista de los musulmanes. El relato de lo caduco y pasajero de los diversos señoríos sufridos por España y el hecho mismo de haberlos ésta padecido podía brindar al orgullo mozárabe el consuelo de que antes habían tenido ya los españoles que soportar soberanos extraños, y podía a la par ofrecer a la mozarabía la esperanza de que también pasaría al cabo la dominación de los muslines".

Nosotros nos inclinamos también por el siglo XI, como Sánchez Albornoz, pero no antes sino después de reconquistada la ciudad de Toledo. Descartamos el siglo X, pues el cronista tiene entre sus fuentes de inspiración la *Historia romana* de Landolfo (28), escrita hacia el año mil; además, no fue la etapa del Califato de Córdoba propicia para la mozarabía española y para que surgiera de ella tan importante historiador. Tampoco aceptamos el siglo XII porque es alargar en exceso el plazo de la confección de una obra tan impregnada de arabismo; mientras que la frase "ma-

(26) Cfr. Della Vida, David «The Bronze Era in Morlem Spain». En *Journal of the American Oriental Society*, LXIII. Filadelfia. 1943.

(27) Cr. Sánchez Albornoz, Claudio «El Senatus Visigodo». En *C. H. E.* VI, p. 8. Buenos Aires. 1946.

(28) Cfr. Vid. Mommsen. Ob. citada en la p. 2 de este trabajo.





roquinas partes" no es determinante necesaria, pues entre la fundación de Marraquex, 1055, y la conquista de Toledo, 1085, hay tiempo suficiente para llamar "marroquina" la región de Marraquex. Conviene más Sánchez Albornoz al darnos el siglo XI como tiempo de datación de la Crónica, pero discordamos de él al afirmar que se compuso después de la reconquista de Toledo; la ciudad, siempre centro de inmigración mozárabe, se abrió a todos los cristianos del Sur cuando los almorávides destruyeron los primeros taifas; los mozárabes entonces acuden con mayor abundancia a la capital visigoda, donde continúan el desarrollo de la educación recibida en la España árabe. Reconquistada Toledo, el traslado de las reliquias de San Isidoro a León crea un momento de euforia y exaltación nacional muy propicio para escribir una Historia de hondo sabor isidoriano, recordando la Hispania unificada de los visigodos, cantada por el Santo Arzobispo, cuya capital, Toledo, nuevamente cristiana, podía servir de esperanza que alimentara los sueños de total conquista del territorio patrio.

## EL CRONISTA

Afirmamos que el anónimo autor de la *Seudo Isidoriana*, el primero que hace referencia a la leyenda de la hija del conde don Julián, era mozárabe. Nos apoyamos en su formación cultural, completamente musulmana y bastante alejada de las corrientes cristianas, hasta el punto de suponer que en tiempos de César y Adriano el mundo se repartía entre las dos lenguas principales la árabe y la latina, sin mencionar en absoluto la griega (29). Es también muy intenso el sabor árabe de las citas de lugares y personas, llegando al extremo de desconocer los nombres latinos de los reyes godos o de los emperadores romanos, a los que aplica denominaciones arabizadas llamándoles Rodrigo a Atanarico, en lo que sigue la costumbre árabe de designar como Rodric o Lodric a cualquiera de los reyes godos o españoles primitivos (30). Asimismo es rasgo de mozarabismo su gran liberalidad cuando toca el tema religioso, por ello censura a Sisebuto que ordena la conversión forzada de los judíos (31). Esta tolerancia nada tiene de extraño para un residente en la ciudad de las tres religiones donde la convivencia era proverbial, más que en el

(29) Cfr. Crónica, p. 24.

(30) Cfr. Crónica, p. 29. Menéndez Pidal, Ramón: «El rey don Rodrigo en la literatura. Nota, p. 16. Madrid. 1924.

(31) Cfr. Crónica, p. 44.



resto de las ciudades hispano-musulmanas, entre cristianos, árabes y judíos, de donde sus protestas por la violencia con que se impone la abjuración del judaísmo; y lo hace de forma natural y enérgica, producto de su profunda convicción. Igualmente se nota su mozarabismo cuando atribuye a Witiza, según el común sentir de los cristianos del Norte, el estupro de la hija de don Julián, cuya leyenda nos narra, llena de viveza de detalles y extraordinario desarrollo, como recogiénola de medios hispano-romanos populares de la España meridional (32). Finalmente, aducimos como prueba de su carácter mozarabe la lengua en que escribió la crónica: el árabe. Esto se deduce, aparte lo dicho anteriormente referente a los nombres de lugares y de personas, de la manera en que nos son transmitidos los párrafos tomados de fuentes latinas, que inspiraron al cronista, que dejan adivinar la traducción al árabe de las mismas. Por eso, los textos de autores latinos que aprovecha nunca los copia literalmente sino en forma libre, sin coincidencia verbal con el original, lo que arguye la existencia de otra lengua intermedia y explica toda esa serie de nombres deformados según la grafía árabe (33).

Decimos también que este mozarabe residía en Toledo, y fundamentamos el aserto en las continuas alusiones a la antigua capital visigoda, cuyo nombre hace resaltar con este sentido de capitalidad (34); y que el conquistador árabe Taric escoge como capital "Ipse vero Toleti residens super Ispaniam regnare cepit era septingentésima quinquagésima séptima" (35). Nunca dejó Toledo de ser el gran foco de atracción para todos los mozarabes con aficciones literarias y científicas y nunca perdió su hegemonía religiosa (36). En Toledo fue siempre una fuerza muy viva la influencia de San Isidoro, de aquí que esta crónica fuese atribuida falsamente al Santo Arzobispo de Sevilla. Tres siglos antes, por el 740, otro mozarabe toledano, así mismo de origen levantino y buen conocedor de las obras del Arzobispo de Sevilla, utilizaba su "*Crónica Gothorum*" para elaborar una sintética historia de la España visigoda, empalmándola con crónicas bizantinas y otras narraciones orientales, dándonos como resultado la llamada "*Crónica de 741*", considerada por Mommsen como la "*Continuatio bizantina Arábica*" de la Crónica de San Isidoro. Poco más tarde, 754, será utilizada esta crónica por otro clérigo toledano para redactar la llamada "*Crónica mozarabe*", de gran influjo isidoriano; influencia que seguirá siendo muy honda en los siglos posteriores.

(32) Cfr. Crónica, pp. 50 y sgts.

(33) Cfr. Sánchez Albornoz, Claudio. Ob. citada en C. H. E. f. IV, pp. 99-101.

(34) Cfr. Crónica, pp. 21, 28, 39, 40, 41, 42, 43, 44, 45 y sgts.

(35) Cfr. Crónica, pp. 52-53.

(36) Cfr. Leví Provenzal: «Historia de la España musulmana» en «Historia de España» dirigida por Menéndez Pidal, tomo IV, p. 46. Madrid. 1950.



Finalmente, observamos como característica del autor de la *Seudo Isidoriana* su procedencia de Murcia, o a lo menos su ascendencia murciana. Y lo probamos por las frecuentes alusiones a los bizantinos, que dominaron en esta tierra (37), por la ubicación geográficamente precisa de algunos de sus lugares, por ej. Cartagena (38), ciudad que menciona numerosas veces (39), así como por las abundantes referencias a las ciudades de Murcia y Lorca (30), que hablan del detallado conocimiento geográfico que el cronista tenía de la región murciana. De igual modo, su valoración de lo regional murciano es tal que considera de suficiente importancia para cerrar su crónica la narración del pacto entre los árabes invasores y el reino de Tudmir. Con este acontecimiento pone fin a su Historia de España el cronista murciano-mozárabe del siglo XI.

### FUENTES HISTORICAS

Abordamos, en último lugar, el problema de las fuentes utilizadas por el autor de la *Seudo Isidoriana*. Mencionaremos sólo las más importantes: San Isidoro y el moro Rasis, junto a algún otro como Juan de Biclara. Sánchez Albornoz (41) ha precisado de manera minuciosa las coincidencias con la "*Historia Gothorum*" del Arzobispo de Sevilla y con la "*Historia de los reyes de España*" de Rasis. A veces, se inspira en fuentes que nos son hoy desconocidas por ej. cuando nos relata la división del mundo en tiempos de Mengianus (42).

A San Isidoro lo sigue completamente al historiar el reinado de los godos en España, y en muy pocas ocasiones se aparta de él, por ej. para el reinado de Leovigildo parece se inspira más bien en Juan de Biclara (43), pero son raras las partes que le separan del Santo Arzobispo. Tanto en la Historia isidoriana como en la del mozárabe abundan los pormenores históricos, tal la derrota del rey Gesaleico cerca de Barcelona, (44), la batalla del Orbigo entre Reciaro y Teodorico (45), la actividad toledana de Teu-

(37) Cfr. Crónica, pp. 11, 26, 27, 36, 37, 45, 46.

(38) Cfr. Crónica, pp. 25 y sgts.

(39) Cfr. Crónica, pp. 12, 25, 27, 28, 36.

(40) Cfr. Crónica, pp. 25, 28, 52, 53.

(41) Cfr. Sánchez Albornoz, Claudio, obra cit.: «San Isidoro, Rasis y la Seudo Isidoriana».

(42) Cfr. Crónica, pp. 35, 36. —

(43) Cfr. Crónica, pp. 40, 42.

(44) Cfr. Crónica, pp. 38-39.

(45) Cfr. Crónica, pp. 37-38.



dis (46), los reinados de los emperadores Justiniano, Justino el Menor, Mauricio y Focas, durante los cuales fueron elegidos Agila, Liuva, Recaredo y Gundemaro (47), la forma en que Viterico mató a Liuva (48), etc.

En cuanto a Rasis, lo sigue en general en la Historia romana y en las últimas épocas de la visigoda, pero por toda la crónica se pueden hallar semejanzas: ambos llaman Felius a Valia y anglos a los hunos (49); arabilizan los nombres de los descendientes de Noe (50), a los que dan los nombres de Arfasat, Futh, Affenet, Madahí, etc.; igual que los de Ataulfo y Placidia a los que denominan Adolif y Boladia (51); atribuyen origen árabe el nombre de César (52 y suponen a Adriano perito en lengua árabe (53); y ambos incluyen la división constantiniana de la Iglesia en España (54). Sin embargo, no parece probable que el cronista mozárabe copiara a Rasis sino que los dos se inspiran en San Isidoro y vierten los nombres al árabe, en cuya lengua escriben sus crónicas, estando siempre más cerca del Arzobispo sevillano el mozárabe de Murcia que el árabe cordobés.

Decimos, para terminar, que todo lo anteriormente expuesto nos confirma más en la opinión de que las culturas de las dos Españas, la cristiana y la musulmana, comenzaron muy pronto los contactos e influencias mutuas y que ambas contribuyeron decididamente al desarrollo de la civilización occidental. Que España fue formando su espíritu con la aportación de todas las regiones peninsulares y de todos los estamentos sociales. Que el mozárabe murciano, residente en Toledo, hábil conocedor de las tierras abiertas del sureste hispánico y del mundo del mediterráneo que lo baña, fue el último jalón de erudición histórica que produjo la cultura mozárabe antes de ser exterminada. Esperemos que nuevos hallazgos de la investigación histórica nos permita concretar con mayor seguridad la figura de este cronista del siglo XI, que aprovechando los elementos del saber que les proporcionaba la geografía de su tierra natal produjo esta "*Crónica Gothorum*", otro hito en la formación de la Historia de España.

- 
- (46) Cfr. Crónica, p. 40.  
 (47) Cfr. Crónica, pp. 40 y sgtes.  
 (48) Cfr. Crónica, p. 43.  
 (49) Cfr. Crónica, pp. 29-37.  
 (50) Cfr. Crónica, pp. 13-14.  
 (51) Cfr. Crónica, p. 32.  
 (52) Cfr. Crónica, p. 10.  
 (53) Cfr. Crónica, p. 24.  
 (54) Cfr. Crónica, p. 27.

